

cón, y otra vez volvieron á cruzarse sus miradas.

Ella sonreía; él se llevó la mano al corazón, como si hubiese recibido en él un golpe inesperado. Sentía en el fondo de su ser un dolor desconocido, algo semejante á la mordedura de una serpiente.



CAPÍTULO X.

EL COFRE DE HIERRO.

TENEMOS, pues, que el héroe del entusiasmo popular que acabamos de conocer no pudo dormir en toda la noche; y debe saberse que no eran las satisfacciones del triunfo las que ahuyentaban el sueño de sus párpados, porque con el triunfo contaba como César con la fortuna, y lo que agitaba su espíritu era para él enteramente nuevo, no anotado en el libro de sus previsiones.

En primer lugar, la tragedia de *Mindolo* preocupaba su ánimo con tenacidad impertinente; la traición de la *Pastora* le causaba extraña sorpresa; en segundo lugar, la ruda franqueza del señor de Cañizares mortificaba su amor propio.

Aquel patán se había permitido mirarle por encima del hombro en medio de la plenitud de su gloria, y, lo que es más, se había atrevido á leer en su pensamiento; y, por último y sobre todo, Aurora resultaba dueña de user; desde el primer momento se sintió dominado por el singular encanto de su belleza, y luego aquella mirada imperiosa y aquella sonrisa acariciadora parecían decirle «adórame;» y él se sentía arrebatado por la ardiente idea de adorarla.

No pudo dormir en toda la noche, porque la vengativa *Pastora*, el brutal Cañizares y la irresistible imagen de Aurora daban vueltas alrededor de su pensamiento como un torbellino; y no se sabe por qué misteriosa ilación de las ideas se enlazaban en su memoria esos tres recuerdos, avivados por la actividad incansable de la imaginación excitada por el insomnio: su situación venía á ser la del hombre que sueña despierto.

En vano buscó la postura más cómoda, pues las probó todas inútilmente. En vano invocó los recuerdos más risueños de su vida pasada, de sus más felices aventuras, y en vano, en fin, intentó huir de su pensamiento fijo fabricando en los espacios de lo porvenir los castillos en el aire con que nos anticipamos la vida, vida que, después de todo, nunca llega.

Cansado de dar vueltas, saltó de la cama y abrió el balcón precisamente en el momento en que empezaba á rayar el día. ¡Qué tenacidad de pensamiento!... La aurora le salía al paso; decididamente Aurora era ya su destino.

El fresco de la mañana y la luz del día calmaron la agitación de su espíritu, y la realidad palpable de las cosas disipó las sombras fantásticas del insomnio. Entonces casi llegó á reirse de sí mismo, porque ya no veía en la *Pastora* más que una venganza estúpida: menos aún; una ingratitud vulgar, porque al fin el bruto de *Mindolo* no había hecho más que quererla con todas sus fuerzas; en Cañizares sólo veía un salvaje, un palurdo sin trato de gentes, sin mundo y sin modales; y lo que es en Aurora, veía nada menos que el cielo abierto, un nuevo triunfo que se le venía á la mano; la fruta más delicada del Paraíso que se le ponía en la boca: ¿qué había de hacer más que comerla?

Empezaba el pueblo á despertarse, y aquí se entreabría una ventana, más allá una puerta; los pares de labranza salían de los paradores arrastrando la pértiga del arado, cuya reja, bruñida por la tierra de los surcos, resplandecía como una hoja de plata iluminada por la primera claridad de la mañana. Los labradores que guiaban las yuntas, caballeros sobre una de las

mulas, iban cantando, porque el día es la alegría de los que trabajan, y el trabajo la esperanza de los pobres. Al mismo tiempo entraban en el pueblo cargas de hortalizas, frutas y legumbres, unas en *sarrias* ó corvos sobre el lomo de machos perezosos ó de borricos macilentos; otras llegaban sobre las encorvadas espaldas de los mismos hortelanos.

Á las mujeres del campo y de la huerta tampoco se les pegaban las sábanas, pues entraban en el pueblo trayendo, ya cestas de huevos colgadas en el brazo, ya pares de gallinas atadas por los pies y cogidas con las manos; ya cántaros de leche apoyados en las caderas; ya bultos de lino rastrillado ó de madejas hiladas, balanceándose sobre las cabezas, sostenidas á la vez por cuellos morenos redondos y fuertes, tal cual adornado con sartas de espesas cuentas de cristal blanco ó de negro azabache. Toda esta variedad de vendedoras entraba en la Plaza Mayor y tomaba punto, vociferando la venta en toda clase de tonos. Andaban á las vueltas chicos desarrapados, que al amanecer se encontraban tan vestidos como al acostarse, y que, una manzana aquí, una naranja más allá, mal que bien siempre encontraban algo con que desayunarse. Este era el pan de cada día.

Nuestro Diputado, echado de brazos sobre el

pasamanos del balcón, seguía el movimiento del pueblo que despertaba, encontrándose en las ventanas entreabiertas y en las puertas entornadas con bocas que bostezaban y ojos que sonreían. Ya era otro hombre; la vida del pueblo lo volvía á la realidad de la vida, y la luz del sol, iluminando el cielo y la tierra, consiguió sacarlo de las lobregeces de su pensamiento.

Como fácilmente se comprenderá, el alcalde había disputado al pueblo entero el honor de hospedarle, y lo tenía instalado en la mejor habitación de la casa. Entre los muebles puestos á su servicio, echó de ver un gran sofá de roble con almohadones de vaqueta; y sintiendo que el sueño ¡á buena hora! empezaba á hormiguearle en los ojos, abandonó el balcón, miró con desprecio la ingratitud de la cama, revuelta por las inquietudes del insomnio, y fué á recostarse sobre los almohadones del sofá; y dicho y hecho: se dejó caer, y se quedó dormido.

Al despertarse halló la puerta de su estancia de par en par abierta, y á dos pasos de su inviolable persona al síndico, que de pie contemplaba su sueño.

—¡Hola!—exclamó restregándose los ojos.

—Parece que se madruga,—dijo el *Ermitaño*.

—No tal (contestó), puesto que estaba durmiendo.

—Durmiendo, sí (replicó el síndico); pero vestido.

—Eso quiere decir que me visto antes de despertarme.

—Yo (añadió el respetable concejal) vine al romper el día á dar una vuelta por la plaza, para que haya orden y no se cometan abusos.

—Muy bien, señor síndico, muy bien (dijo el Diputado). Hay que velar por los intereses del pueblo, y así se cumple con los deberes municipales. No nos eligen para que dejemos que todo vaya manga por hombro.

Después preguntó:

—¿Quién hay en la antesala?

—El Ayuntamiento (contestó el *Ermitaño*.) Estamos esperando al alcalde, que ha ido á decirle al Cura que después de almorzar iremos á ver la iglesia.

—¡La iglesia!...: perfectamente. ¿Y qué hay que ver en la iglesia?...

—Hay que ver pilastras, arcos, capillas, retablos, santos y lámparas.

—¿Nada más?

—Sí, se pueden ver las casullas de seda bordadas en oro, los cálices de plata sobredorada, los ciriales de almendro plateado, y....

—Bien (dijo como quien se resigna); iremos á la iglesia.

—También son de ver (añadió el síndico) las alhajas de la Virgen. Dicen las gentes que son de mucha riqueza, y el pueblo las tiene como un tesoro. Creo que vienen de muy antiguo.

En esto entró el alcalde á poner su autoridad á las órdenes del Diputado, anunciando de paso que el almuerzo estaba en la mesa. Pronto arregló su *toilette* el ilustre huésped, y seguido del Ayuntamiento, que esperaba en la antesala, entró en el comedor á hacer por la vida.

Con tres cuentos de primer orden, verdes como una primavera, amenizó el almuerzo, haciendo desternillar de risa á todo el cuerpo municipal, y hasta á la misma alcaldesa, que retorció la boca para no disimular la risa que le retozaba por dentro, pues habría tenido por grave desatención permanecer seria, y sobre todo caer en la tontería de ponerse encarnada.

Levantáronse los manteles, y la comitiva salió de la casa, bulliciosa como una fiesta y alegre como unas castañuelas. Atravesó la plaza, y se halló delante de la iglesia, que se elevaba frente á frente de las Casas consistoriales, mirándose ambos edificios cara á cara, lo mismo que dos antiguas amigas que se encuentran, de las que la segunda todo se lo debe á la primera, pues nació á su sombra y se crió en su regazo.

Tiene la iglesia su atrio cercado de un muro de dos metros de altura, y se entra subiendo tres escalones de piedra. Cuatro álamos forman, por decirlo así, una calle que conduce á la puerta principal del templo. La portada, medio oculta por las copas de los álamos, es de dos cuerpos, severa de líneas y sobria de dibujo, pero excesivamente recargada de adornos, y hace el efecto que haría el canto llano si lo oyéramos expresar con toda suerte de ejecuciones de garganta.

En el atrio estaba el señor Cura, con su cara de siempre, redonda y apacible, y su mejor sotana: ¿quizá no tuviese otra! Detrás del señor Cura aparecía el sacristán, de cara enjuta y nariz larga, hábil cazador, que se sabía la sierra de memoria; hombre solo, sin mujer, sin hijos, sin familia.

Dirigida por el Cura, la comitiva entró en la iglesia, y, en efecto, el Diputado no vió más que frisos, pilastras, arcos, capillas, santos y lámparas, á pesar de que el señor Cura le iba explicando la historia del templo y las joyas artísticas que contenía.

—El retablo del altar mayor (le decía), ya lo habrá V. conocido: es dórico, aunque no puro; según los inteligentes, descubre algo de la solidez y de la severidad propias del gusto griego;

pero dicen que participa del gusto romano en la profusión de los detalles y alargamiento de las proporciones.

—Sí, sí (exclamaba el Diputado). Es dórico, no cabe duda que es dórico....; todo él está dorado.

—En cambio (siguió diciendo el Cura), los dos altares laterales son jónicos. Estilo más ligero, pero no menos bello.... Aquel San Jerónimo no es de Rivera; debe ser de algún discípulo.... Este Cristo es de Montañés: á lo menos yo le tengo por auténtico. Á V., ¿qué le parece?

—Me parece lo mismo.... Sí, señor.... Los montañeses son capaces de todo.

El señor Cura lo miró con ojos estupefactos, y él siguió diciendo:

—Le confesaré á V. que tributo al arte el más profundo respeto; pero, en verdad, no es mi fuerte. Otros estudios más serios y más positivos me preocupan. Sin embargo, no soy completamente extraño á la belleza, y he acreditado alguna vez ser hombre de gusto. Vea V.: ese altar me encanta; un frontispicio sobre dos columnas salomónicas.... Convengamos en que Salomón lo entendía: la sencillez es la sublimidad.

Dicho esto, dió media vuelta, y se dirigió majestuosamente hacia el altar mayor, deteniéndose delante del presbiterio. El Cura, que lo seguía,

observó que contemplaba alternativamente las dos grandes lámparas que, sostenidas por dos ángeles, colgaban á uno y á otro lado del altar, y acercándose le dijo :

—Mucho adorno, muchas figuras, mucha hojarasca.... Son platerescas.

—¡Tan grandes (exclamó), y de plata!

—¡Ah!....., no, señor (le contestó el Cura). Son de madera.

Desde allí pasaron á la sacristía, formada de una pequeña sala que caía á espaldas del altar mayor, é iluminaban dos ventanas altas, cruzadas de barrotes de hierro, que daban á la calle; por debajo de estas ventanas se extendían las cajoneras en toda la longitud de la sala. Á la derecha se abría una puerta de roble, fuerte y vigorosamente asegurada en los goznes, que comunicaba con un huerto que no pasaría de un celemin de tierra, al que daba sombra la extensa copa de una higuera inmemorial. Por este huerto se pasaba á la habitación del sacristán, y un muro de mampostería, elevado á la altura de las ventanas de la sacristía, cerraba toda comunicación con la calle. En fin: enfrente de la puerta de comunicación con el huerto se abría otra igual que daba paso á la casa del Cura.

Aquí fué el sacristán el encargado de enseñar los ornamentos, y no tardó mucho en colocar

sobre el ancho tablero de las cajoneras los ternos de más valor por su riqueza ó por su antigüedad, y el Diputado electo los admiraba, exclamando con frecuencia : «¡Precioso! ¡Magnífico! ¡Soberbio!», sin poner realmente gran atención en lo que veía. El sacristán, por su parte, hacía brevemente la historia de cada una de aquellas sagradas vestiduras, en tanto que el Ayuntamiento, formado en corro alrededor del Diputado, se regocijaba del asombro que causaban las ricas telas, los armoniosos matices y los exquisitos bordados de las casullas, de las dalmáticas, de las capas pluviales y de las albas guarnecidas de encajes.

—¡Esta iglesia es opulenta!—dijo el Diputado.

—No, señor (le contestó el Cura). La iglesia está pobre : lo que V. ve es un legado antiguo, que nos ha dejado la piedad de nuestros padres. Hoy apenas tenemos para las primeras necesidades del culto.

—El lujo (añadió el elegido del pueblo) es una necesidad del hombre civilizado; pero entendámonos, el lujo reproductivo. La ciencia moderna ha puesto los puntos sobre las íes, y aquí tiene V. un gran capital amortizado, extraído de la circulación de la riqueza pública.—
¡Contrastes de las épocas!

—Cierto (replicó el señor Cura afablemente): contrastes de las épocas. Yo, por mi parte, entiendo que el lujo consiste en lo que es superfluo, y este es el tributo más justo que puede pagar el hombre, porque á Dios se lo debemos todo.

—Ahora (dijo el alcalde) vamos al trueno gordo. Nos quedan que ver las alhajas de la Virgen.

—¡Oh! (exclamó el Diputado). En punto á alhajas, debo anticipar á Vds. que nada puede sorprenderme: he visto las mejores del mundo, y hoy se trabaja en ese ramo maravillosamente.

Mientras hablaba así, el Cura y el alcalde hacían salir de la parte superior de la cajonera, en la mitad de su longitud, á los pies del Crucifijo sostenido en la pared, delante del que se revestían los sacerdotes, un cajón pequeño, perfectamente ajustado á su hueco, y cuyo fondo vacío no pasaba de dos pulgadas de ancho. El espacio á que el cajón se ajustaba aparecía cortado interiormente por un tablero de madera. El Cura y el alcalde introdujeron á la vez las manos, é hicieron saltar dos cuñas laterales, estrechamente adheridas á sus respectivas mortajas, y entonces el tablero se inclinó hacia adelante, descubriendo un segundo fondo: de allí sacaron el cofre de hierro.

Era una caja de poco más de un palmo en cuadro por otro palmo de altura, hallándose la tapa desprendida de los pasadores con que debió quedar sujeta antes de ser enterrada en la Gruta, y bien se advertía que habían sido limados los pasadores para poder abrirla: no tenía cerradura. Dentro de ella se escondía otra caja de cedro pulimentado. En el momento en que esta segunda caja iba á abrirse, se estrechó el medio círculo formado por los circunstantes, y las cabezas se apiñaron alrededor del señor Cura y del alcalde.

Un relámpago de luces de todos colores invadió los ojos del Diputado, y su asombro habría sido advertido, si todas las miradas no hubiesen estado fijas en el fondo resplandeciente de la caja que acababa de abrirse. Solamente el síndico, extraño á todo menos á su viña, á sus deberes municipales y á sus cacerías en la sierra, se paseaba, alejado del grupo, á lo largo de la sacristía, contemplando, ya uno, ya otro, los cuadros de Santos que decoraban las paredes, ó entretenía su indiferencia desde la puerta que daba al huerto, viendo á los gorriones saltar de la higuera á la tapia.

—Aquí tiene V. (dijo el alcalde) las alhajas de la Virgen.

—Parecen ricas (contestó el Diputado, procu-

rando sonreirse). ¿Están Vds. seguros de que toda esa pedrería no es falsa? Porque la industria hace prodigios, y ahora se imitan las piedras preciosas de un modo maravilloso.

—Estamos seguros (le replicó el Cura). Basta advertir que en los tiempos á que se remonta el hallazgo de estas joyas no se conocía el modo de falsificarlas. Vea V. los arabescos que forman las piedras preciosas, las esmeraldas que unen las hojas de la diadema, la forma de tiara que ésta semeja, las argollas de oro macizo rodeadas de un cordón de rubíes, las pulseras en forma de rosas rociadas de diamantes, y, en fin, esas sartas de perlas de todos tamaños descubren el gusto y el lujo oriental de estas joyas. ¿Quién pudo enterrarlas en la gruta? Hay que presumirlo, pues no se sabe. Lo que consta por documento auténtico es que los conquistadores que las encontraron las cedieron en honor y obsequio de la Santa Virgen, y así vienen de generación en generación. El proceso de este milagroso hallazgo se encuentra en el archivo de la parroquia. Como V. ve, la tradición y la gloria de este pueblo se hallan vinculadas en la devoción á la Virgen. ¿En qué manos mejores podía ponerla?

—No me opongo (dijo el Diputado), porque yo respeto todas las opiniones, y llevo mi tolerancia hasta las preocupaciones.

Sólo el Cura comprendió todo el valor de esas palabras, y siguió diciendo:

—Antes se guardaba el cofre de hierro en la gruta, en el mismo camarín de Nuestra Señora; mas la aparición de un famoso bandolero,—*Mindolo*, intercaló el alcalde,—hicieron temer un robo sacrílego, y desde entonces se guarda aquí, como V. ha visto, bajo dos llaves, una que tiene el señor alcalde y otra el Cura de la feligresía.

Dicho esto, metió la caja de madera en la caja de hierro, y una dentro de otra las ocultó en el hueco abierto por el cajón, encajó el tablero en sus ranuras, las cuñas volvieron á ajustarse en sus mortajas, y el cajón entró en su sitio. El alcalde y el Cura dieron una vuelta entera á cada una de las cerraduras, guardándose uno y otro sus respectivas llaves.

—¡Qué hermosura de perlas!....—exclamó un concejal, todavía admirado de haberlas visto.

—Mucho (añadió el elegido); pero en punto á perlas, la más célebre es la *Perla* de Rafael.

El señor Cura se echó á reír. Si era chiste, porque tenía gracia; si era ignorancia, porque no dejaba de ser chistosa.

Salieron de la sacristía por la puerta que daba

:

á la casa del Párroco, y el síndico se acercó al Diputado, preguntándole:

—¿ Todo se ha visto, eh?

—Todo,—le contestó.

—¿ Y el cofre?

—¡ Oh! Sí (exclamó.) También he visto el cofre de hierro.



CAPÍTULO XI.

EL PARAÍSO.

HASTA ahora no hemos hecho más que ver la parte exterior del personaje elegido por el voto popular, y podemos decir que aún no lo conocemos, puesto que todavía no sabemos su nombre. No hay que extrañar una falta que tan fácilmente puede subsanarse, y que, á mayor abundamiento, tiene sus razones. Primera: que la mayor parte de los electores del pueblo se encuentran en la misma ignorancia. Segunda: que una vez designado por todos con el título de Diputado, no necesita, en realidad, otro nombre para abrirse paso en el mundo, y ser conocido.

¿Acaso es tan ignorada esa nueva planta, y